

El contenido de esta obra es una contribución del autor al repositorio digital de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, por tanto el autor tiene exclusiva responsabilidad sobre el mismo y no necesariamente refleja los puntos de vista de la UASB.

Este trabajo se almacena bajo una licencia de distribución no exclusiva otorgada por el autor al repositorio, y con licencia Creative Commons – Reconocimiento de créditos-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 Ecuador



Hacia la construcción del neohumanismo popular

Jaime Breilh

(2000)

HACIA LA CONSTRUCCIÓN DEL NEOHUMANISMO POPULAR

Jaime Breilh

Los entrampamientos del pensamiento político de izquierdas

Las verdaderas expresiones del pensamiento crítico acerca de nuestra sociedad se han construido en oposición a la estructura de poder y como tesis para superarla; siendo su origen colectivo y sus fuentes diversas. En definitiva, un proceso de acumulación ideológica, que se ha enriquecido con las aportaciones de diversos sujetos históricos; creándose un acumulado que no es patrimonio de ningún sector político aislado.

En décadas anteriores la vitalidad del discurso crítico estuvo ligada a la construcción del capitalismo como objeto de transformación y al desnudamiento de los fetichismos de las ciencias sociales y políticas dominantes. Pero en las últimas décadas se observa una especie de entrampamiento del pensamiento político: es como si las condiciones objetivas de la perversa actualidad del capitalismo pos industrial no se correspondieran adecuadamente a lo que estamos logrando en el plano de las construcciones subjetivas para la emancipación. A la vez, atestiguamos el crecimiento y diversificación de luchas particulares contrahegemónicas pero también una clara fractura del sujeto colectivo y una incapacidad de construcción de un proyecto histórico unitario. Hemos avanzado considerablemente en el esclarecimiento sobre el capitalismo como *objeto* de transformación, pero no tanto en la construcción del *sujeto* histórico de dicha transformación, por lo que persiste, a pesar de algunos esfuerzos, una construcción sectaria de la política.

La construcción de un proyecto político unitario enfrenta también un problema, que Atilio Borón lo ha descrito como una *extinción teórica* de una parte decisiva del pensamiento de izquierda. Hasta los años setenta, la crítica del capitalismo se construyó desde la perspectiva de la crítica de la economía política y bajo el debate filosófico de variantes del pensamiento socialista contra las expresiones del liberalismo ideológico. En el centro de esa corriente universal, se colocó sin duda la fuerza emancipadora del descubrimiento de Carlos Marx sobre la esencia de la explotación capitalista asentada en la base productiva de la sociedad, así como en una estructura de propiedad; una penetración en las relaciones sociales más profundas que estimuló el desarrollo de un conjunto de ideas innovadoras que significaron para las ciencias sociales un impacto tan importante como las ideas de Copérnico en las ciencias naturales.

Pero buena parte del poder crítico de esas ideas y su proyección emancipadora se han debilitado por dos motivos principales: por el hecho de que algunos pragmáticos del marxismo lo convirtieron en una revelación doctrinal en vez de usarlo como una herramienta del conocimiento emancipador; y, porque la contrarreforma neoconservadora que acompañó desde los ochenta al neoliberalismo económico, logró impregnar las ciencias humanas y la racionalidad política de una noción atomizada del sujeto social, y promover una vuelta a la noción liberal del orden histórico, aun en variantes esa variantes de un posmodernismo “revolucionario” en apariencia, pero de un profundo sentido neoliberal. Una demostración de ese giro conservador de las ideas sociales y políticas, aun de grupos ligados a la lucha social, puede encontrarse en esa comprensión retrógrada acerca de la categoría *diversidad* que ha proliferado en el discurso político, que le ha lecho el juego a la

atomización del sujeto social, a tono con el objetivo de romper todo resquicio de una comprensión colectivista y solidaria de la sociedad y la política.

La preeminencia de la cultura neofuncionalista¹

El giro desde una concepción contrahegemónica de la política y de la gestión hacia una cultura neofuncionalista, se observa en núcleos autodefinidos como progresistas y se sustenta en algunos presupuestos que apenas pueden esconderse tras de cierta terminología que busca enmascararlos: a) el desplazamiento de la crítica social desde el eje estructural productivo al eje de consumo, como base para construir las demandas de la política; b) la aceptación del posibilismo como principio de estrategia política, ligado a la idea de que el cambio puede construirse desde un reformismo por sectores, dentro de las reglas del capitalismo, apenas sometidas a una superficial cosmética; c) la aplicación del principio de la acción comunicativa de Habermas y de la correspondiente estrategia dialógica al conflicto de clases; d) una lectura conservadora y divisionista de categorías de la diversidad, como lo étnico, el género, lo generacional.

Este pensamiento suavizado y conciliador, producto de dichas “extinciones teóricas” de principios emancipadores como los del marxismo, se expresa por ejemplo, en los estudios agrarios que soslayan los problemas de la estructura de propiedad de la tierra; o en las ciencias aplicadas como la salud, en las que, desde una supuesta gerencia social se degradan los derechos económicos y sociales en mercancías y se sustenta una doctrina de paquetes mínimos de prestaciones y seguridad.

La lectura reduccionista de las doctrinas directamente contrahegemónicas como el marxismo, se acompaña de una renuncia a la crítica de fondo, y del uso inofensivo de categorías ambiguas como “sociedad civil”, y otras semejantes, que son perfectamente asimilables a una teoría política funcional, todo eso a nombre de una ruptura con las rigideces de un discurso ortodoxo, pero lo que terminó sucediendo es que se pretendió cambiar la rigidez del pensamiento determinista por la ambigüedad inofensiva del discurso de las diversidades e incertezas de un orden social atomizado. Con lo que, aplicando el adagio popular, podemos decir que “salimos de Guatemala”, en términos teóricos, para caer en “Guatepeor”.

Hacia la construcción metacrítica del pensamiento socialista

Para salir de dichos entrampamientos debemos consolidar un proceso de reflexión estrechamente ligado a la práctica política de un bloque social diverso pero concatenado por las tesis emancipadoras de un proyecto unitario. Un proceso de reflexión que se mueva sobre dos carriles fundamentales: por un lado, una decantación de los instrumentos conceptuales y políticos aun válidos que se han acumulado como producto de la lucha social de los siglos anteriores; y en segundo término, un proceso de construcción intercultural del pensamiento político.

¹ El estructural funcionalismo, corriente inspirada en el pensamiento de Talcot Parsons, centrada en la teoría de sistemas y en las nociones de ajuste y equilibrio respecto de funciones sobre las que gira el orden social.

No se trata de una fusión intercultural de todas las voces convertida en una concertación funcional al poder y a los intereses dominantes; se trata más bien de articular las expresiones emancipadoras de los pensamientos surgidos de las distintas culturas. En términos de Fanon, se trata de totalizar como acto comunicativo, es decir como fortaleza unitaria de una diversidad articulada alrededor de una lucha emancipadora. Esto implica para el caso ecuatoriano, no idealizar a ningún movimiento por el hecho de ser parte del pueblo oprimido, ni satanizar toda construcción gestada en los ciclos anteriores de la lucha. Necesitamos de una teoría política que apoye tal construcción y para eso no hace falta sólo reconocer la diversidad, sino que es indispensable también construir una narrativa y una práctica política que comprendan la realidad como totalidad, convoquen y articulen a todas las voces que puedan transformarla profundamente.

Requerimos de una teoría política contrahegemónica -como lo explicara Gramsci al desarrollar su idea de los “intelectuales orgánicos”-, que sólo construye en dirección opuesta al poder, cuando el movimiento colectivo se organiza alrededor de una comprensión crítica de los pilares que sostienen y reproducen la sociedad capitalista y su creciente inequidad, cuando ese movimiento está atravesado por el pensamiento crítico; y, a su vez, el pensamiento crítico cobra sentido cuando se hace pueblo; sólo bajo esa doble condición los intelectuales pasan a ser intelectuales orgánicos de un movimiento emancipador.² De poco sirve que reivindicemos tesis como las de género, las etnoculturales, o las ecológicas, si estas no están enfiladas hacia la transformación del conjunto y la destrucción de las bases económicas, políticas e ideológicas sobre las que se sustenta toda inequidad de género, étnica y ecológica.

La renovación de los paradigmas del pensamiento en campos como la ciencia, la cultura y la política, sólo tendrá un sentido progresista si se construye desde una perspectiva emancipadora y como una metacrítica del capitalismo tardío, que lejos de encontrarse agotado y débil, busca recrearse en nuevas estrategias de dominación. No debemos equivocarnos al pensar que la crisis de hegemonía que ha provocado el militarismo imperial, traduce su total debilidad. A pesar de los reveses y quiebres la dominación imperialista aun tiene reservas estratégicas para reproducir la perversa organización que nos oprime.

La construcción de ese otro mundo posible, la reconquista y conquista de los derechos humanos, de aquellos que se fueron perdiendo o convirtiendo en mercancías, o de aquellos que aun nuestro pueblo no alcanzó, no es apenas un desafío ético, ni se puede desarrollar dentro de los límites de la misma estructura social. Por eso la renovación de las izquierdas no puede ser sólo un proceso de reingeniería de la gestión política y de las formas, sino que requiere volver a los contenidos de fondo de la construcción de un proyecto emancipador de sociedad, un proyecto que ahora requiere desatanizar las ideas emancipadoras básicas y el acumulado válido de la lucha socialista emancipadora y marxista, pero claro, sin quedarse sólo en eso, sino articulando un nuevo discurso revolucionario, no atado al reformismo posibilista sino libérrimo; una metacrítica del capitalismo desde la riqueza de los aportes emancipadores del movimiento indígena, de la coordinación de los movimientos

² Kanoussi, Dora (2000). Una Introducción a los Cuadernos de la Cárcel de Antonio Gramsci. México: Plaza y Valdez Editores-UAP.

sociales, desde la convicción de los movimientos ecologistas y de mujeres, pero no entrabado en una comprensión errada de la diversidad, como disolución de la unidad de esa fuerzas alrededor de la superación de la cadenas estructurales del sistema.

No debemos temer que nuestro discurso político sea tildado de subversivo, ni de terrorista, pues en el marco de un sistema salvaje como el que nos oprime, todo planteamiento científico o social ligado con claridad y sin ambigüedades a la lucha por los derechos humanos, está condenado a esas distorsiones; lo que importa es que nuestro discurso político sea construido desde y junto al pueblo, y sea asumido por él como propio y como una salida real a sus sufrimientos y sueños.

Tal tipo de discurso aun no lo hemos forjado y no tenemos todas las respuestas para hacerlo, pero lo que si sabemos es que no podrá ser ni gestado, ni manipulado por ningún sector o partido, sino que deberá ser el producto de un bloque social donde todos y todas nos sentamos plenamente representados, pero no en el reduccionista sentido de la democracia formal, sino en el profundo y humano sentido de la democracia real, para seguir luchando por la instauración de un régimen social al que nosotros hemos llamado como un neohumanismo popular.